

PADRE JEAN ABD-EL-YALIL: *Aspects intérieurs de l'Islam*. Aux Editions du Seuil, 27 rue Jacob, Paris (VI<sup>ème</sup>), 1949, 235 págs.

Si debiéramos enunciar alguna de las razones por las que no vacilamos en calificar de obra muy poco común *Aspects intérieurs de l'Islam*, nos inclinaríamos a señalar la rara circunstancia de ser el P. Abd-el-Yalil de los contadísimos eruditos a quienes es posible estudiar el Islam «por dentro», aunque centrándose en el Cristianismo. No sea esta observación motivo para prestar a *Aspects intérieurs de l'Islam* un carácter «sensacionalista» que dista mucho de tener. Es esta una obra seria, profunda y serena que conduce a un detenido meditar la trascendencia del hecho cristiano y la responsabilidad que implica para el cristiano el ser depositario de esa trascendencia. Es también un llamamiento a nuestra inteligencia y objetividad para rectificar juicios formulados considerando sólo lo externo del Islam, juicios, por tanto, superficiales y erróneos, cuando no necios. El P. Abd-el-Yalil, por otra parte, ha rehuído de escribir una para él obra de fácil erudición, y asimismo de establecer todo paralelismo o comparación sistemática entre el Islam y el Cristianismo, como no deja de señalarlo en el enjundioso prólogo de su obra. Su meta es otra. Ya la hemos indicado: aportar elementos de juicio y discusión para un conocimiento del auténtico Islam.

El pensamiento musulmán, la vida social y personal del creyente y su mentalidad están tan determinados por el Corán, que es obligada una previa consideración del mismo antes de emprender estudio alguno relativo al Islam. Es esta la norma seguida por el P. Abd-el-Yalil que con notable acierto y claridad inicia su obra con la señalación de la importancia de este libro que se distingue radicalmente de los libros sagrados cristianos por la circunstancia de encerrar para el creyente *la palabra misma de Dios* dictada a Mohamed y no la revelación de una doctrina hecha por Dios a un hombre *a través de una comunicación mediata o inmediata*. De esta circunstancia de

radical diferenciación entre el Islam y las demás religiones se deduce el que no exista en el Islam la posibilidad de una ampliación doctrinal semejante, por ejemplo, a la del Catolicismo que, por la Iglesia, es susceptible de realizar «el desarrollo progresivo de un mensaje relativo a la persona de Cristo, Hombre-Dios, centro de la religión». La verdad que encierra el Corán es inmodificable, eterna, fijada por los siglos de los siglos. Lo cual implica, señala el autor de *Aspects intérieurs de l'Islam*, que todo esfuerzo de renovación islámica no sea sino volver a las fuentes primitivas, al Corán y a la Sunna. El sentido de todos los movimientos de Reforma del mundo islámico es éste, en particular el muy característico del alma musulmana que es el Salafí, fundado por Yamal Ad-Din al-Afgan, muerto en 1897, y continuado por Rachid Ridá, que apuntó como remedio a los males del Islam una «purificación doctrinal y moral» mediante el retorno integral al libro sagrado. Respecto a tales intentos renovadores, se desprende de las observaciones del P. Abd-el-Yalil que no se puede hablar con propiedad de «tendencias modernas del Islam», pues todas ellas están contenidas en el Corán, si son ortodoxas, y se enlazan directamente con alguna de las dos corrientes que se distinguen en el Libro, la una correspondiente a las predicaciones de Medina —proféticas, místicas, marcadamente preocupadas del más allá—, y la otra, relativa a las de la Meca, dominadas por el afán de organizar la comunidad naciente, es decir, con un predominio de lo social y jurídico. A lo largo de los siglos, y porque era más fácil de sistematizar, ha sido esta tendencia jurista la que ha prevalecido en el pensamiento musulmán hasta dar forma al Islam oficial, sin por ello anular la tendencia mística y a la vida interior de la que se deriva el sufismo, «cuyos principios esenciales son todos ellos coránicos», dice, agregando: «No hay nada en la mística *suffi* que no tenga su origen y expresión en el Corán que domina de modo grandioso la vida social, religiosa, filosófica, teológica y mística del Islam.»

Con relación a influencias de elementos extraños en el pensamiento musulmán, queremos destacar aquí que el P. Abd-el-Yalil se aparta decididamente de la opinión extendida por los especialistas del Islam de más reconocida solvencia. Así, niega en absoluto que la aportación griega haya suscitado los problemas filosófico-teológicos del Islam y la controversia de sus orígenes sobre la predestinación. En su opinión, lo mismo que para el sufismo, el Islam sólo tomó de otros horizontes intelectuales métodos nuevos y una sistemática.

pero en modo alguno el origen de tales problemas implicados en el Corán.

En lo que atañe a la Historia, el Corán también aporta elementos a una concepción providencialista de la misma y la esperanza de la victoria final de Dios coincidente con la venida del Mahdi (el Bien Dirigido), que restablecerá los derechos de la Verdad. No resulta, por cierto, muy clara la creencia de la teología popular que admite después de él la venida del Anticristo (el *Dajjal*: el mentiroso), que será derrocado por Jesús, Hijo de María, que hará imperar la justicia y la religión musulmana, sea mediante sus discípulos animados de su espíritu (Jesús es el Espíritu de Al-lah: *Ruh Al-lah*), sea por sí mismo. En todo caso, hay en las perspectivas de la historia musulmana una espera mesiánica que en la terminología teológica está centrada en la figura de Jesús y no en la del Mahdi, lo que es curioso hacer constar.

Por otra parte, desde el punto de vista histórico musulmán, la humillación de que los creyentes estén sometidos a los no creyentes es un castigo impuesto a su infidelidad al pacto que antes de nacer el hombre hace con Dios, a quien reconoce por su Señor. Esta idea de pacto roto por el hombre es en realidad la trama en que se borda la historia islámica, ajena en absoluto al concepto judeo-cristiano de pecado original, aunque en definitiva no tenga el hombre que buscar el sentido de la Historia como consecuencia de la viva noción que tiene el musulmán de la Omnipresencia de Dios. Dios todo lo sabe, todo lo puede y actúa como le place en el orden personal y colectivo. Excusado es subrayar la enorme influencia que tal concepto tiene para inclinar el Islam a una predestinación y a un ocasionalismo que señalan profundamente su pensamiento y lo conducen a una entrega total al Todopoderoso, ya que la creación sólo existe para afirmar la existencia de Aquel de quien dice el Corán (28-88): «Todo parece menos Su Semblante.»

Siendo para el Islam la función del hombre adorar a Dios su Creador y Señor, se deduce la importancia primordial que tiene la oración para el musulmán, tanto en su vida social como privada. El P. Abd-el-Yalil inclina, pues, la atención del lector hacia la oración islámica, como «una de las mejores maneras de conocer a los hombres», en un capítulo titulado «El Oriente que reza», según palabras de Pío XI que es interesante consignar aquí como una prueba de que la noción del desarrollo contenida en los principios cristianos

tiende hacia una mayor comprensión del mundo musulmán por parte del católico. Aunque no descuida la parte ritual que acompaña la oración, el P. Abd-el-Yalil concede lugar preferente a las fórmulas usadas, todas ellas muy características de un agudo sentido de la trascendencia divina que domina el alma islámica. Trátese de las oraciones propias de la peregrinación o de la oración diaria, el musulmán adora y se humilla ante Dios, de quien procede todo bien, en un grandioso olvido de sus humanas necesidades y accidentales circunstancias. Este es el motivo por el que tan escasas son las fórmulas de peticiones de cosas terrestres en la religión musulmana. En cuanto a la oración libre y la mística, el Islam oficial rehuye un tanto de esta forma de orar por temor a que los creyentes se aparten de la línea precisa trazada por el Corán y la Sunna. No obstante, los grandes místicos han florecido en el Islam y, aun permaneciendo ceñidos a las enseñanzas coránicas, han puesto de manifiesto determinados elementos de religión «interior», implicados en el Libro, pero dejados un poco en segundo término por la oración ritual. El P. Abd-el-Yalil destaca entre estos místicos a Al-Halaj, ejecutado en Bagdad en 922, e inserta en los párrafos a él dedicados una traducción debida a M. Massignon de alguna de sus conmovedoras y magníficas oraciones. Sus plegarias nos muestran «que se puede alcanzar el heroísmo aunque el alma dependa de un mundo psicológicamente hostil al hecho concreto de la Iglesia cristiana» y que «... estos fieles no pueden ser excluidos de la amistad de Dios». En ocasión de este y otros aspectos de la obra reseñada procede recordar que como un hilo tenue pero siempre visible, corre a través de sus páginas la constante recordación de la responsabilidad que asume frente al musulmán el cristiano, cuya vida no es un permanente testimonio del Amor que le ha sido revelado en la persona de Cristo.

Complemento de la oración y del conocimiento que a través de la misma vamos teniendo del alma musulmana, son los elementos de la formación religiosa del Islam, que todos ellos se derivan del Corán de su parte ritual ciertamente, pero más aún del «espíritu» que desborda el marco estricto de la «letra». Porque la religión musulmana según un *hadit* que sirve de punto de partida a la enseñanza religiosa de la infancia, consiste en tres cosas: el Islam, el Imán y el Ihsan. El Islam está constituido por los llamados cinco pilares (profesión de fe, oración, limosna legal, ayuno y peregrinación a la Meca). A éstos deberes exteriores hay que agregar la convicción interior (la fe: *Imani*

En fin, para que la religión sea completa, el musulmán debe «servir a Dios como si lo viera». A ello hay que agregar las cuatro tradiciones encaminadas a penetrar el espíritu de la idea de que las obras sólo valen por las intenciones.

Tal es a grandes rasgos la exposición que el P. Abd-el-Yalil hace del hecho islámico que desde hace siglos se halla enfrentado con el cristiano, planteándole un problema de tanta complejidad que la postura habitual del cristiano es soslayarlo o resolverlo con tópicos simplistas. Es contra esta actitud de inhibición sistemática, que es una consecuencia de la ignorancia, que el P. Abd-el-Yalil rompe una lanza aguda en su obra, lo cual no excluye, evidentemente, que la misma contenga elementos susceptibles de llevar al musulmán que la lea a modificar a su vez los juicios apresurados y superficiales que formula en relación con el Cristianismo. En realidad, gran parte de la oposición se debe a que la comunidad islámica y la comunidad cristiana están sustentadas por principios básicos contrapuestos. La comunidad musulmana es el conjunto de testigos de Al-lah que repiten a través de los siglos esa realización completa y definitiva que los Profetas anteriores a Mohamed tenían por misión anunciar. Es una comunidad estática. En cambio la cristiana es «una comunión en el amor y la participación a la vida divina por y con Cristo de todos los hombres unidos en la Iglesia», dentro de la noción del desarrollo temporal de la palabra de Cristo. Semejante oposición del concepto de comunidad explica en parte las mutuas incomprensiones y recelos que han caracterizado las relaciones de todo orden del mundo islámico y cristiano. Ponen de manifiesto cuán agudo es el problema por resolver, problema «más psicológico y espiritual que intelectual», como hace observar certeramente el P. Abd-el-Yalil. Por ello es la conclusión práctica de su obra un llamamiento a los cristianos —sean éstos laicos o misioneros— para que antes de «demostrar» «muestren» en sí y en su vida las virtudes que el Corán ha señalado como típicas de los seguidores de Jesús, Hijo de María; la bondad, la misericordia y la humildad. Es este el único medio de lograr un mundo en el que «se cante a Jesucristo en la armonía de todos y la sinfonía de la caridad».

De propósito hemos dejado para el final la reseña del capítulo dedicado al Egipto moderno por considerar que el lugar en que se hallaba insertado quebraba, aunque de modo ligero, la línea de armoniosa unidad de estas páginas constituídas por cierto número de

artículos publicados entre 1939 y 1947. Esta recopilación no se echa de ver; tan complementarios son unos de otros los diversos aspectos del Islam que en ella se estudian. Y aunque, ciertamente, el choque del Islam con la civilización moderna, de que es testimonio Egipto, merece singular atención, nos atrevemos a sentir que tal problema no haya sido colocado un tanto al margen de ese estudio de lo esencial del islamismo que es *Aspects intérieurs de l'Islam*. Porque Egipto, nación musulmana, tiene sin duda un problema de adaptación al mundo moderno, si bien el enfoque del mismo por la mente de Taha Hussein, el prestigioso filósofo y escritor islámico que más hondamente ha calado en el alma de Europa, se nos antoja tener un carácter más nacional que religioso. Así, tomando partido por una filiación europea de Egipto en la vieja querrela de «Occidente u Oriente», viene a decir en sustancia Taha Hussein que si según Valery la «inteligencia» europea está constituida por tres elementos, el griego (filosofía, literatura, arte), el romano (política y derecho) y el cristiano (llamada al bien y a la caridad), la «inteligencia» egipcia opera con los mismos elementos de modo tradicional, salvo el cristiano sustituido por el musulmán, que en último análisis no es sino la confirmación de la Tora y del Evangelio. Pero esta reducción del problema que plantea el futuro de la cultura egipcia a una suma que no se altera por la sustitución de un valor por otro (el cristiano por el musulmán) da la impresión de que Taha Hussein prescinde deliberadamente del hecho de que el islamismo es un todo de suma coherencia que abarca todas las manifestaciones de la actividad humana, por lo cual puede decirse que crea un auténtico mundo: el islámico, y una ética también islámica.

Si un voto hemos de formular antes de concluir esta reseña extensa en sí, pero breve en comparación con el crecido número de ideas que encierra y las amplias perspectivas que abre ante nuestros ojos *Aspects intérieurs de l'Islam*, es que mediante una traducción sea puesta al alcance de un gran número de lectores españoles. España ha dado origen a un nutrido florecimiento de místicos agrupados por Miguel Asín Palacios en *El Islam cristianizado*. El mismo Asín Palacios no ha vacilado en descubrir a un precursor de San Juan de la Cruz en Ibn Ata. Lo cual implica la ineludible obligación por parte de nuestro país de adentrarse en un conocimiento serio del auténtico Islam que, como no ha cesado de indicarlo el P. Abd-el-Yalil

es susceptible de generar altos valores morales y espirituales que concurren todos a la realización de un plan divino que es el íntimo latir del ideal hispánico.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

HENRI TERRASSE: *Histoire du Maroc*. Casablanca, Editions Atlantides, 1950. Dos vols. de 402 y 510 págs.

Hasta ahora venía dejándose sentir, lo mismo en Marruecos que en las naciones relacionadas con él, la necesidad de una historia de conjunto, sin la cual no podían situarse en cuadro exacto gran parte de las manifestaciones actuales de la vida, en uno de los países en que el pasado permanece más vivo e influyente en el presente. La empresa resultaba prematura y difícil, no sólo porque muchas fuentes importantes no han sido recogidas ni publicadas todavía, sino por la imposibilidad de que un solo autor pudiese organizar todo el confuso material disponible. Sin embargo, el profesor Henri Terrasse, Director del Instituto de Altos Estudios Marroquíes de Rabat e hispanista notable, ha podido vencer los inconvenientes y las dificultades, no sólo gracias a la experiencia de haber pasado veinte años estudiando y enseñando esa historia, sino por su enlace personal con todos los eruditos especializados de Rabat, París y Argel, con lo cual su labor resulta el resumen de todo el trabajo de los equipos investigadores modernos sobre la materia. Es posible que puntos de detalle de algunas de las épocas tratadas en esta «Historia de Marruecos» sean discutibles, aunque eso procede generalmente del hecho de que a pesar de la actual cuantiosa aportación de materiales, siguen siendo mucho más numerosos los materiales sin utilizar totalmente, especialmente manuscritos antiguos. Pero siempre habrá de elogiarse en el libro del profesor Terrasse el empeño de establecer un sistema de exactitud objetiva, en un materia histórica respecto a la cual predominaba hasta ahora el exceso de subjetividad, y personalismo en la interpretación. El sistema empleado es el de un cientifismo tan riguroso que el mismo profesor Terrasse no duda en confesar las lagunas de la información y siempre somete las fuentes utilizadas a una crítica imparcial. Es evidente que desde ahora en adelante este libro será un punto indispensable de partida, lo mismo si se quiere continuar que si se quiere completar el estudio del pasado marroquí.

Lo más interesante de la obra es el hecho de que el panorama de sucesión de soberanos, que antes parecía excesivamente confuso, se ve ordenado con claridad. Y además integrado en un proceso de evolución política, social, económica, religiosa y cultural del viejo Imperio del Maghreb, especialmente durante trece siglos de Islam y hasta la época de los protectorados. También tiene interés y originalidad el esfuerzo de escribir y situar el ambiente geográfico del Maghreb Al Aqsa como determinante de la vida de los grupos humanos, lo cual se hace después de establecer una división general en Marruecos interior de las planicies, mesetas y ciudades; Marruecos exterior de la cara desértica, y Marruecos de las montañas. Al precisar el cuadro geográfico de los acontecimientos se trata de reconstruir, además, sobre él la vida profunda permanente del país, es decir, la de los pequeños grupos humanos naturales de las masas rurales que allí fueron siempre predominantes por su afianzamiento al suelo. Así se detallan los hábitos políticos y sociales de las tribus, las fracciones de tribus y las confederaciones, mostrando la continuidad profunda de sus usos consuetudinarios y las modificaciones que aportan los géneros de vida trashumantes nómadas, asurcanos, aldeanos, etc., así como los elementos constantes de las pequeñas democracias municipales o asambleas cabileñas.

Después de señalar todo ese panorama de historia interna y sociología que constituye una de las mayores originalidades del libro, el hecho de reseñarlo desde Madrid obliga a llamar la atención hacia sus aportaciones a la historia hispano-marroquí y la de España medieval. Comenzando por el tomo I se destaca cómo el Marruecos romano, o sea la provincia de Tingitania, fué creada para guardar el flanco de la Bética y conservada, sobre todo a partir del siglo III, por razones españolas. En la época de la llegada del Islam se hace constar cómo por haber sido las tribus del Norte de Marruecos arrastradas por los musulmanes árabes a la conquista de España esos marroquíes, encontrando en la Península Ibérica gloria y provecho, llegaron a ser solidarios de la expansión musulmana, porque demostraron ser sus mejores obreros. Pues, en efecto: «C'est la conquête de l'Espagne qui a consolidé la domination de l'Islam sur la Berbérie, et en particulier sur le Maroc...» Se explica en el mismo tomo I, cómo después del triunfo y arraigo de la escuela jurídico-religiosa musulmana del malekismo, que desde entonces ha imperado en todos los países de lo que se llama Berbería, Maghreb o «Africa del Norte», se debió casi exclusivamente



a la acción española directa de los Omeyas que fueron Emires y Jelifas en Córdoba. Los cuales fueron también continuadores, respecto a las costas berberiscas, de muchos antecedentes de la Andalucía romana.

La expansión de la civilización andaluza como elemento principal en la formación de la vida urbana y culta de todo el Maghreb e incluso muchas veces como inspiradora en detalles de organizaciones estatales, se va poniendo cuidadosamente de relieve en diversos capítulos. El primer volumen detalla esa expansión en los tiempos del Jelifato cordobés, los almorabides, y, sobre todo, los almohades, en cuyo tiempo la brillante civilización hispano-musulmana no sólo quedó definitivamente implantada en las tierras de Marruecos y comarcas vecinas, sino que fué introducida hasta Túnez y Libia, donde arraigó dicha influencia andaluza sobre una tierra que había sido siempre una dependencia intelectual y artística del Próximo Oriente. «La nature de la civilisation de l'Occident musulman se fixe pour des siècles, elle viendra presque tout entière de l'Islam hispanique».

En el segundo tomo se continúan viendo las relaciones del reino de Granada con el de los meriníes y la acción de los granadinos emigrados el 1492, hechos gracias a los cuales Fez será la última heredera y el último reflejo de Córdoba y Granada. Durante la época de los sultanes Saadianos se detalla la conquista del Sudán hecha para el Imperio marroquí por unos millares de aventureros españoles. También figura un apartado sobre las poco conocidas repúblicas moriscas de Rabat-Salé. Sobre estos moriscos y los que se instalaron en Túnez, el profesor Terrasse dice que lo que llama la atención respecto a todos esos moriscos es tanto su adhesión a la fe musulmana como la nostalgia de la patria perdida pues «esos musulmanes irreductibles eran también, con la misma fiereza apasionada, españoles del Renacimiento». Doble carácter que explica hechos tan curiosos como el de que en el siglo XVIII aún se hablase el español en muchos pueblos de moriscos expatriados, no sólo en los de Marruecos sino en el tunecino Testur.

Otro punto de vista hispano, diferente del de los moriscos, pero no menos sugestivo, es el de las alianzas entre reyes cristianos de España y emperadores marroquíes. Respecto de ellos la reciente *Histoire du Maroc* aporta curiosas precisiones, sobre todo en los tiempos de los Sultanes Saadianos Mohammed Ech Cheij (1554-1557) y Muley Ammed El Mansur (1578-1603). En cuanto a las épocas que die-

ron origen al establecimiento de los Protectorados y que se prestaron con frecuencia a divergencias de puntos de vista españoles y franceses son tratadas al final con serena y correcta exposición, en lo que el profesor Terrasse hace honor a su buena fe probada y su aludido empeño de concreto cientifismo expositivo.

De todos los contactos históricos quedó hasta hoy en las diversas formas de la espiritualidad marroquí un sello hispánico persistente. El profesor Terrasse expone con detalle, entre ellos, el artístico (de que él mismo ha llegado a ser el principal maestro y definidor en otra obra ya célebre sobre el arte hispano-musulmán). Gracias a la preservación de las estéticas ciudades que han prolongado tradiciones hispánicas, Marruecos escapó a la levantinización decadente que cayó sobre las artes de las comarcas del mundo ocupado por lo otomano u osmanlí, y el respeto de esa tradición permitió que se siguieran haciendo obras de real y profunda belleza por las cuales el viejo Marruecos ha ejercido sobre los viajeros el mejor de sus encantos. Con estas y otras observaciones semejantes el autor de la primera historia general de Marruecos continúa, a la vez que su trayectoria de especialización, la de hispanista eminente, lo cual le da su mayor significado de simpatía cuando se considera su obra desde España misma.

R. G. B.

MEYER FORTES: *The web of kinship among the Tallensi*. International African Institute. Oxford University Press, 1949, 358 págs.

Son los Tallensi una tribu típicamente agrícola, asentada en los territorios septentrionales de la posesión inglesa Costa de Oro. Al estudio de la trama básica de su organización social ya dedicó el autor su interesantísimo *Dinamics of Clanship among the Tallensi*. Ahora nos muestra cómo el mismo principio actúa modelando las variadas formas concretas en que se realiza la vida doméstica y, dentro de ella, el desenvolvimiento del individuo.

Inicia el autor la obra recogiendo las conclusiones de la precedente, ocupándose de los principios que constituyen el armazón de la sociedad Tale, el linaje principal y vinculaciones clánicas y la constitución interna de ésta.

El aislamiento del sistema de linaje es artificioso y sólo para su estudio se ha aislado de la organización doméstica. En la actual vida

indígena estos dos planos de la estructura social no emergen aisladamente. Como sangre y tejido en un organismo animal constituyen el interpenetrado medio de la vida social Tale. Aunque la analítica separación de estos dos planes de estructura social no es enteramente artificiosa. El sistema de linaje es la base estructural de las instituciones políticas y rituales, mientras que la organización doméstica es la base estructural de las relaciones interpersonales en la esfera de parentesco estricto.

Todas las normas y condiciones que gobiernan el social comportamiento del individuo quedan dentro de una particular sincrética trama de referencia; y el parentesco forma la línea básica de que esta trama es proyectada. Esto a consecuencia de la sincrética estructura de la sociedad Tale, basada en la conexión genealógica. Por este común fundamento todas sus instituciones se entrelazan en un consistente esquema. Y por ello las relaciones sociales no caben en categorías independientes, son únicamente relaciones adventicias entre sí.

El concepto de parentesco --*deyam*-- subsume todos los géneros y grados de la relación genealógica. Para trazar la comunidad genealógica es necesario llegar al antecesor común cargado de sentido religioso, y esta ritual vinculación crea inevitablemente una intrínseca calidad de parentesco que implica una más poderosa sanción.

Las vinculaciones genealógicas determinan la trayectoria de la vida individual y su encaje dentro de la estructura social del grupo. Pero no todos los nexos genealógicos tienen igual validez, aunque una persona adquiera nexos de dignificación social de ambos padres. Pero su conexión agnática, especialmente para el hombre, adquiere una especial relevación. No es únicamente la patrilineal descendencia el principio vertebral de la organización Tale y el vehículo de la continuidad y estabilidad de la estructura social, sino además el hombre lleva las riendas de la autoridad, dirige la vida económica, controla la organización política y preside tanto desde el punto de vista del pensamiento como de la acción la vida religiosa y ceremonias rituales. Los derechos sucesorios en propiedad, calidad de miembro del clan, derechos políticos y obligaciones rituales son heredados por esta vía. La mujer no hereda nada en materia de propiedad, política o ritual. Pero la calidad de miembro del clan y las concomitantes observaciones totémicas, así como su ritual ligazón a sus antecesores patrilineales, influyen destacadamente en su destino personal y en el de sus hijos.

Un poblado Tale está constituido por una agregación de moradas. El concepto nativo «yir» significa el conjunto familiar como entidad social coherente y la morada en que físicamente se asienta. Es el «yir» célula fundamental del poblado. Como en éste, las relaciones sociales se mueven en dos planos: el de las relaciones derivadas del linaje en que la pauta de descendencia agnática domina la acción conjunta y determina el comportamiento individual y el plano de las relaciones domésticas en el que los lazos de matrimonio y parentela y los nexos bilaterales de parentesco en sentido estricto controla el comportamiento de la gente entre sí.

Las relaciones de parentesco en la familia están articuladas en una simple configuración dominada por la patria potestad del cabeza de familia. La relación particular doméstica aparece en su verdadera luz únicamente cuando es considerada como una parte dentro del total sistema. La polaridad entre «dug» (cada mujer con sus propios hijos, que constituye la irreductible unidad de la estructura social) y «yir» lo modela todo, jugando su parte en el balance de fuerzas centrípetas y centrífugas dentro de la estructura familiar.

Sería intento inútil el pretender recoger en una breve recensión las múltiples facetas concretas derivadas de los principios someramente esbozados en que se configuran las distintas combinaciones y elaboraciones de estos principios básicos. La función del parentesco como principios articulados de la estructura social y el desenvolvimiento individual dentro de las normas de pensamiento, acción y sentimiento emergentes de la relación de parentesco en cuanto factor dinámico, es reiteradamente confirmado a través de los distintos capítulos que recogen los varios sectores particulares de la estructura social Tale.

La obra de Mayer Fortes es quizá la más interesante aportación de estos últimos años en la esfera de estudios a que, dentro del vasto campo de la Antropología social, dedica su atención. Aunque la validez coercitiva del sistema de convivencia enunciado se nos presente actualmente algo atenuado por la influencia de las formas culturales europeas en su aspecto periférico, es indudable que su vigencia impositiva mantendrá aún su validez durante mucho tiempo, y toda política colonial, o postcolonial, que no cuente con ello no logrará más que efímeras realizaciones en el campo de la reestructuración social.

L. T. I.

# NOTICIA DE LIBROS

